

Ezequiel, San Pablo y Jesús, en las Lecturas de hoy, cada uno de ellos nos dan direcciones sobre el lugar de la reconciliación en nuestras vidas de discipulado. Recientemente leí una carta escrita a un periódico en que habla directamente de esta cuestión.

El escritor de esta carta describió que escuchó una conversación, en que su suegra hizo un comentario hiriente acerca de ella a otra persona. En lugar de albergar resentimiento y / o buscar una venganza, el escritor después de que se había calmado de este emocional momento, encontró un momento para sentarse con su suegra. A su suegra con calma le relató el incidente, y de lo hiriente que había sido ese comentario. Su suegra se sintió profundamente conmovida por la honestidad, y amorosa manera en que su yerna se le acercó y eligió como manejar la situación. La suegra de inmediato se disculpó por su comportamiento, y desarrolló un proceso para una mejor y abierta comunicación entre ella y su yerna. El autor de la carta concluyó, que ellas ahora han desarrollado una sana abierta relación la una con la otra.

Como cristianos, mientras cada uno de nosotros tiene y necesita crecer continuamente en una relación personal con Jesús, la Cristianidad no es una privada y particular espiritualidad, sino el de seguir como Jesús vivió con otros en comunidad. El bautismo nos introduce a una relación con Jesús y nos hace miembros de su resucitada corporal presencia (su cuerpo), y de la comunidad de la Iglesia en el mundo. No hay cristianismo sin la Iglesia. En el Evangelio de hoy Jesús reconoce un simple hecho humano, que en la Iglesia como en cualquier relación entre las personas, ya sean cónyuges, hermanos, padres e hijos, amigo y conocidos, compañeros de trabajo, compañeros de equipo, inevitablemente en el camino conflictos van a surgir debido al hecho de la singularidad y de los talentos de cada persona. De cómo manejamos estas desavenencias indicará cuán bien entendemos y seguimos a Jesús.

Para un cristiano fiel, (así como cualquier persona madura sana) una desavenencia en una relación con otra persona, o grupo de personas no puede ser simplemente ignorada. Hay demasiado en juego. Si verdaderamente creemos, que cada uno de nosotros individualmente, y todos nosotros colectivamente, en hecho, somos el "Cuerpo de Cristo", entonces desavenimientos en las relaciones entre los miembros de la Iglesia, son realmente fisuras en la relación con Jesús mismo, ya que está presente en la persona del uno o del otro. Si confrontamos sin honestidad cualquiera de las fracturas en las relaciones entre uno mismo y el otro (u otros), es como defraudar nuestra reunión aquí, en el altar, en la celebración de la Santa Eucaristía, en la cual estamos proclamando nuestra unidad en

Jesús, los unos a los otros. Esto se ve especialmente cuando nos damos el saludo ritual, a través del "El Signo de Paz" (La Paz sea con Usted), la que nos intercambiamos entre sí, junto antes de que cada uno de nosotros comience la procesión hacia el altar, para recibir físicamente la realidad última de unidad y paz, y que en el acto de comer su cuerpo y beber su sangre en la Sagrada Comunión: Jesús mismo. Nuestra respuesta: "Amén" antes de recibir la Sagrada Comunión es una profesión de fe, **ambos**, en la presencia de Jesús bajo los símbolos Sacramentales del pan y del vino, y de la presencia de Jesús en mi vida y en las vidas de todos aquellos que comparten conmigo este acto Sacramental, y por cierto toda la familia humana por la cual Jesús murió y resucitó.

La autoridad de "atar y desatar" que se le dio a Pedro como lo leímos en la Lectura del Evangelio dos semanas atrás, y que en el Evangelio de este fin de semana se extiende a cada uno de los miembros de la Iglesia. El modelo dado por Jesús es el de la subsidiariedad. Subsidiariedad significa que no vamos a "Complicar las cosas (las desaveniencias)" a un nivel alto o con autoridad, y esto se puede y se debe hacer, cuando el problema se disminuye y se simplifica a lo mínimo. Esto es lo que el autor de la carta, en la columna del diario, nos está diciendo. Si se dejan 'las desaveniencias' al olvido sin ninguna confrontación o reconciliación, estas grietas (o desaveniencias) en las relaciones son como un cáncer sin tratar—eventualmente estas grietas matarán el espíritu y el alma de una persona, así también, el núcleo de un matrimonio, de una familia, de una amistad, de un equipo, y de una parroquia.

San Pablo nos recuerda en la Lectura de hoy, que no debemos de tener deudas entre sí, excepto la deuda de "amarnos los unos a los otros." Amar el uno al otro no es siempre fácil. Amar el uno al otro siempre viene acompañado de sentimientos reconfortantes. Dios no nos llama sólo amar a los que son fáciles de amar, sino también amar a los que no son amados, y a las personas difíciles de amar en nuestras vidas y en el mundo. Amarse el uno al otro, como se ve en las Lecturas Bíblicas de hoy, significa enfrentar lo que nos divide; de hacer a veces el pesado trabajo de ser moderados, pero firmes; de enfrentarse el uno al otro para buscar un terreno común y poder restaurar y hacer crecer la relación entre sí. Las lecturas de hoy nos invitan a reflexionar sobre cuán bien cada uno de nosotros está administrando el tesoro de perdonar al proclamar las palabras que pronunciamos en la oración "Padrenuestro": **"Perdona—(mi/nosotros)— nuestras ofensas, como también— (mi/nosotros) —perdonamos a los que nos ofenden—(mí/nosotros)—"** Esta semana, los invito a cada uno de nosotros a recordarnos a sí mismos: "Yo/nosotros hemos sido puesto aquí como un embajadores del amor de Dios".

Padre Jim Secora